

prusianos en Polonia, comprendió que esto equivalía á un nuevo reparto de Polonia y lanzó un grito de indignación, que para desgracia de Polonia acabó el que lanzó al saber la muerte de Luis XVI.

Inglaterra misma cambió de política, dejó hacer y se propuso indemnizarse á costa de las colonias ó islas francesas para lo cual le dió carta blanca Prusia que el 22 de Enero á espaldas de Austria firmaba el tratado de reparto y alianza con Rusia, esto cuando en Berlín lo mismo que en San Petersburgo se decía públicamente que no había nada de reparto, y reservada ó diplomáticamente Rusia le decía á Inglaterra que ella se veía empujada al reparto por Prusia y que si Inglaterra podía impedirlo á ella no le inquietarían sus decisiones, pero al mismo tiempo procuraba atraerse á Inglaterra con ventajas comerciales y marítimas que modificaban esencialmente el derecho marítimo tal cual España y Rusia lo habían establecido en 1780.

La inminente entrada de los prusianos en Polonia consternó á los targovizos que vieron con horror el abismo que sin querer habían abierto á su patria. Potocki pidió al general ruso á Igelstroem que rechazara la invasión prusiana y como éste procurara calmarles, Potocki se adelantó hasta el punto de decirle que él lo haría con su gente, valiéndole esto un fuerte disgusto que le hizo enfermar. Los targovizos sin embargo, se calmaron al leer la declaración prusiana de 6 de Enero en todo conforme con sus sentimientos, pero cuando vieron á los prusianos de Moellendorf ocupar las provincias polacas, contra las seguridades que el general polaco Rzewski había dado en nombre de la emperatriz de que se opondría á su entrada, la indignación fué unánime, y Rzewski fué el primero en enviar refuerzos al general Byszewski para que se opusiera al avance de los prusianos. Entonces se desenmascaró Igoeltrem poniendo en movimiento sus tropas para impedir que, como dijo, ni un solo regimiento polaco pudiera llegar á Posen. Desde este momento la generalidad, el gobierno de los targovizos quiso declararse disuelto y Potocki se disponía á retirarse á sus tierras, cuando llegó á Polonia el nuevo embajador uno Jacobo de Sievers.

Sievers era el tipo de un caballero perfecto, á lo que su edad avanzada y sus maneras unían todo su prestigio. Su reputación de hombre leal é íntegro le abrieron desde luego todos los caminos y le fué fácil convencer á la generalidad de lo que las circunstancias reclamaban. Félix Potocki fué seducido á pesar de que Sievers no le ocultaba que tal vez sería necesario un doloroso sacrificio, pero esto lo

compensaba con los grandes beneficios que la zarina estaba dispuesta á hacer al país y á los targovizos. Sievers de la misma manera se mostraba afectuoso con los prusianos á quienes no cesaba de encargar la moderación, recibiendo en pago de éstos las mismas atenciones. Púsose pues con su hábil conducta el embajador ruso en disposición de conocer los planes de los polacos, y por esto cuando averiguó que la intención de éstos era concentrar sus fuerzas en Czenstochowa lo que le comunicó el comandante polaco de Varsovia, instó á los prusianos para que apresurasen su ocupación, pues según lo convenido, una vez el tratado de reparto del 23 de Enero fuera rectificado, debían entrambas potencias declarar solemnemente que tomaban cada una posesión del país que se habían adjudicado, y cuya resolución esperaban que rectificaría la dieta cuyas elecciones decretarían la generalidad y el rey que continuaban en Grodno.

Rectificóse en su día el tratado, y Prusia en 25 de Marzo y Rusia el 7 de Abril declararon anexionado los países que ya ocupaban y que ponían á Rusia por primera vez en contacto con la frontera austriaca, extendiendo igualmente Rusia sus fronteras con Turquía. ¿Qué iban ahora á hacer los austriacos?

Los austriacos en virtud de la Convención de Diciembre, 1792, por la que se concertó la guerra ofensiva contra Francia entre Austria y Prusia y que consagraba la guerra de conquista que iba á hacer Austria se apresuró á reforzar sus tropas, mandando á Coburg á Bélgica á quien se habían de enviar 69.000 hombres, á Hohenlohe se le aumentaba su cuerpo que cubría el Luxemburg y Tréveris hasta 38.000 hombres, y además se daban á Wurmser que debía operar en el alto Rin 42.000 hombres y á Italia se enviaban 20.000, formándose en el interior un cuerpo de tropas de 50.000 hombres. Claro está que estos 220.000 hombres no estaban en desproporción ni de la empresa que se les confiaba, ni del poderío austriaco, pero la falta de dinero, á pesar de los donativos voluntarios, y las rivalidades entre los jefes del ejército, fueron causa de que los armamentos marcharan muy despacio y se tuviera que contar desde luego con el cuerpo prusiano para llenar los huecos que dejaba la perezosa organización de las fuerzas austriacas. Así, en vista de las declaraciones de los coroneles de Estado mayor del príncipe de Coburg, Mack y Fisher de que sólo tenían 50.000 hombres, se le dieron 11.000 prusianos que llevó á Gueldres el príncipe Federico de Brunswick y además 13.000 hanoverianos que pagaban las po-

tencias marítimas, dándose además orden á Hohenlohe que apoyase al Coburg con sus 30.000 hombres en vez de los 38.000 que debía tener.

El ejército prusiano, el del rey de Prusia ó del duque de Brunswick, éste constaba de 42.000 prusianos, 6.000 hessenses, 5.000 sajones y 3.000 hombres de Darmstadt, debiendo apoyarlo Wurmser, pero ésta en vez de los 42.000 hombres sólo había recibido á mediados de Febrero 24.000.

Por último, aun cuando conforme á las leyes del imperio éste debía contribuir con 120.000 hombres, á consecuencia de estas mismas leyes, fué tan difícil su armamento y concentración que amén de los contingentes enumerados, sólo 17.000 soldados imperiales siguieron la campaña, de modo que hubo que renunciar á que formaran un cuerpo de tropas particular embebiéndose los contingentes que iban llegando en los cuerpos de Coburg y de Brunswick.

Así se preparaba Austria para la revancha de la campaña de 1792 y para tomar venganza de la muerte de Luis XVI. Luego veremos lo que hizo respecto de Polonia.

En Francia la muerte del rey causó un efecto terrible; una de esas calmas momentáneas que preludian las más funestas tempestades. Los republicanos se dieron cuenta de las dificultades exteriores é interiores que había inaugurado el sangriento drama y todo fué jurarse unión y concordia para resistir á la coalición europea, pero los republicanos no podían hacer que jurasen esta concordia los elementos realistas y clericales del país cuya actitud ya conocemos, y que ahora iban á encender en agravio de la monarquía una cruel guerra civil.

Sacrificóse en aras de esta concordia que no podía durar á Roland. Danton pidió el mismo día 21 de Enero su separación en términos convenientes, pues sólo censuró modestamente su áspero carácter, y aun cuando no recayó votación, Roland envió el 20 su dimisión á la Convención motivándola en su deseo «de no ser un obstáculo á la unión de la Asamblea,» y ésta correspondió á la nobleza de la conducta de tan honrado ministro enviando su dimisión á los departamentos. Su sucesor fué Garat, un antiguo constituyente, hombre muy instruido, capaz de dar muy buenos consejos á todos, pero sin energía ni carácter, de modo que si Roland pecaba por carta de más en el ministerio de la gobernación, ahora con Garat se iba á pecar por carta de menos.

Presintiendo una lucha encarnizada y dura hubo de verse como se podría hacerle frente, y naturalmente fué el estado de la hacienda el momento de mayores cuidados, pues aun cuando como lo demos-

tró Cambon el mismo día en que la Convención declaró la guerra á Inglaterra, se continuaba cobrando poco más ó menos lo mismo que durante el antiguo régimen; la guerra que se llevaba 200 millones mensuales, abría un déficit horroroso que ya no se podía conllevar con la venta de los bienes nacionales, pues se habían vendido ya por 1850 millones de ellos, y ya solo quedaban por vender por 380 millones. Faltando esta garantía no era posible emitir más asignados, así Cambon dejando á un lado las economías que pudieran hacerse en la administración militar pedía una nueva emisión de 800 millones de asignados dando en garantía los bienes de los emigrados.

La Convención votó lo propuesto por Cambon porque naturalmente era justo que los que se habían desnaturalizado para ponerse á la vanguardia de las tropas extranjeras, pagasen con sus bienes la guerra que hacían. Claro está que la medida pecaba de injusta y de atentatoria á los derechos de propiedad, por lo mismo que no distinguía entre los emigrados aquellos que habían emigrado por miedo de los públicos trastornos, de aquellos que lo habían hecho por pasión política, y que combatían á su patria desde las filas de los soldados extranjeros. Pero establecer la distinción entre una y otra clase de emigrados, era imposible: 30.000 emigrados propietarios habría á lo menos por entonces, y si se quería separar de los emigrados activos los pasivos, lo justo hubiere sido distinguir entre éstos, los que simpatizaban y contribuían con su dinero á sostener los primeros, de los que pura y simplemente habían emigrado por miedo á los trastornos públicos. Nosotros, pues, lamentando que no fuera posible establecer la debida distinción entre las diversas clases de emigrados, hemos de confesar que la Convención no se excedió en su defensa.

La necesidad de economías y de organizar un ejército fuerte y ordenado, motivó la destitución de Pache que fué reemplazado por Beurnonville. Dubois-Crancé presentó el 7 de Febrero el proyecto de reorganización del ejército á fin de establecer su unidad, formó los regimientos con un batallón de tropa de línea y dos de voluntarios, combinando la elección de jefes que estaba en uso entre los voluntarios con el ascenso tal cual se practicaba en el ejército regular, que daba una mitad de las promociones á la antigüedad y la otra mitad á la libre voluntad del gobierno.

Como el efectivo del ejército había disminuido mucho por haber cumplido gran número de voluntarios el tiempo de su empeño, decretó la Conven-

ción, en vista de la necesidad de poner 500.000 hombres sobre las armas, una recluta de 300.000 hombres, declarando además en estado de requisa todos los hombres de diez y ocho á cuarenta años solteros ó viudos sin hijos, concediendo pensiones á todos los que permanecieran bajo las banderas hasta la conclusión de la paz.

La tregua de los partidos republicanos daba á la Convención la idea de una pujanza que en realidad no tenía, pues, áun cuando sus medidas no queda-

ban en el papel no había en el país aquella decisión que se necesitaba para hacer frente á las circunstancias.

No sólo se llevó adelante el proyecto de anexionar la Bélgica mediante la presión que se hizo, pues, salvo en Mons y Charleroi no había mayorías verdaderas en las demás provincias belgas, pues, si bien en Liege se votó la anexión con entusiasmo hay que notar que Liege no había sido nunca belga; no sólo se pasó á vías de ejecución el plan de Du-



LUCKNER

mouriez de penetrar en Holanda, entrando en efecto, en el Bravante holandés el día 22 de Febrero ocupando á Breda y Gertruydenberg mientras uno de sus generales sitiaba á Maestricht; sino que tomando pretexto de haber España retirado su embajador después de la muerte del rey declaró la guerra á España,—7 de Marzo,—y esto que España persistía en su neutralidad. Y todo esto cuando la conspiración realista estaba por estallar, lo que no podía ignorar la Convención que sorprendió sus planes por medio de un agente de Danton cuando la dirigía La Ronèrie, conspiración que debía estallar ya el 30 de Enero á no morir el dicho Ronèrie de enfermedad al acercarse el día señalado y para la cual era ahora fecha favorable la del 10 de Marzo que era el día señalado para las operaciones de la recluta en el occidente de Francia. De modo, que, cuando el más ligero contratiempo podía hacer zozobrar

el buque de la república, ésta se empeñaba en desencadenar la tempestad por todos lados.

El mal tiempo llegó más pronto de lo que esperaban los mismos girondinos que no dejaban de encomendar la calma y la prudencia.

Habían en París el rigor del invierno, la falta de trabajo, y las dificultades que la guerra ponía á su abastecimiento, desencadenado más de una vez tormentas que amenazan terminar como otras veces en crímenes sangrientos. Las fuerzas setembristas continuaban organizadas, y á su frente estaba Maillard siempre dispuesto á la acción y para quien Marat y Hebert no eran más que conservadores. La Comuna procuraba tener estas fuerzas un tanto disciplinadas y al efecto les pagaba un jornal, mas cuando las circunstancias se agravaron, y no había con que atenderlos, la cuestión de las subsistencias reapareció, y con ella un manifiesto atroz de Marat,—25 de

Febrero,—aconsejando el saqueo y el asesinato. Por fortuna sólo se realizó la primera parte tan sólo, y durante seis horas,—26 de Febrero,—las tiendas de París fueron saqueadas, distinguiéndose en la tarea las mujeres que fueron las que dieron la señal armándose y corriendo de aquí para allá al objeto de soliviantar la masa de la población. Estos lamen-

tables sucesos no terminaron hasta tanto que hubo votado la Convención 3.000.000 de francos para atender á las necesidades de los pobres de París. Este fácil triunfo alentó á empresas mayores á los revolucionarios, cuyas sesiones se celebraban en el palacio episcopal, y en efecto, Chaumette el procurador de la Comuna, se presentó el día 3 de Marzo



ROUGET DE L' ISLE

de 1793 para reclamar la supresión de los bancos y medidas rigurosas contra los que acaparaban los granos, y al día siguiente lanzaban los federados un manifiesto por el que pedían las cabezas de los girondinos y la guerra contra todos los propietarios.

Ahora bien, en medio de todas esas complicaciones es cuando se reciben en París las noticias más desconsoladoras, naturalmente abultadas por las circunstancias, del teatro de la guerra. Fué el día 5 de Marzo cuando llegó á París la noticia de que los austriacos habían recuperado á Aquisgran, la

Aachen de los alemanes, y la Aix-la-Chapelle de los franceses.

Dumouriez que sólo contaba 100.000 hombres para cubrir y defender la Bélgica é invadir la Holanda, estaba perdido si una vez verificado su avance el ejército aliado rompía su línea. Esta operación dependía tan sólo de la rápida concentración de los austriacos y prusianos. Comprendía esto claramente Dumouriez, así todo fué apurar á Beurnonville para que le reforzara y como éste no tuviera á mano más fuerzas que las de la guarnición de París, sin reparar que la demagogia quedaba libre, se la envió,